

MUJER Y NUEVAS SOCIALIZACIONES: SU RELACION CON EL PODER Y EL CAMBIO (1)

Teresa del Valle (2)

RESUMEN

Se analiza en qué medida la preparación que reciben las mujeres para orientarse y actuar en la vida, las capacita para generar y desarrollar cambios en sus vidas. Se examinan cuatro aspectos: la naturalización de las diferencias, las distintas clases de responsabilidades, el sentimiento de culpa y la figura del adulto más poderoso en el aprendizaje de roles. Se propone que una noción global de la socialización es imprescindible para que las mujeres generen sus propios cambios. Las nuevas socializaciones son específicas. Se diferencian de la educación formal ya que se basan y se desarrollan, a partir de una consideración y conciencia de la desigualdad genérica.

ABSTRACT

Analysis of the processes experienced by women to establish their frame of reference for: orientation, action and change. Four aspects are examined: the natural basis for expressing differences; the different types of responsibilities; the feeling of guilt and the relevance the figure of the stronger adult has in the learning of sex roles. An approach to socialization embracing the entire life is considered key to the development of changes in women's lives. The new socializations are specific and develop because of women's consideration and awareness of gender inequality.

LABURPENA

Emakumeek jasotzen duten prestakuntza zernolako eragina duen bizitzako aztertzen da.

Lau eiteak aztertzen dira: desberdintasunen naturalizazioa, ardua mota desberdinak, culpa sentimendua eta rolen irakaskuntzan heldu poderetsuen eragina.

Proposatzen da sozialitate global bat, ezinbestekotzat, emakumeok beraien aldaketak sortzeko. Sozializatzte berriak zehatzak dira eta edukazio formalek bereizten dira, oinarritu eta garatzen direlako ezberdintasun generikotik abiatuta.

-
- (1) Partes de este artículo las he presentado en Iruñea en las Jornadas sobre "Mujer y Poder" organizadas por IPES y la subdirección de la Mujer, 8-11 de Febrero de 1993 y en Donostia, en la Commemoración del XXVI aniversario de la creación de los Centros de Formación Familiar y Social de Gipuzkoa de la Fundación Kutxa, el 10 de Mayo de 1993.
- (2) Catedrática de Antropología social y Directora del Instituto de Estudios de la Mujer de la Universidad del País Vasco, Euskal Herriko Unibertsitatea.

Un indicador de cambio en la sociedad actual es que aunque el poder ocupa a los hombres, empieza a preocupar a las mujeres. No quiero decir que las mujeres hayamos estado siempre fuera del poder. La nueva historiografía de la mujer (NASH 1983) (3) presenta casos de presencia femenina en momentos importantes de la historia. Así mismo, desde la antropología, las relecturas de estudios anteriores que emergen en la década de los 70, y las investigaciones que se han realizado desde entonces (QUINN 1977; MUCKHOPADHAYAY 1988; MORGEN 1989) ponen de manifiesto muchas formas de participación de las mujeres, unas en las que se reconoce su poder y otras en las que lo ejercen pero se silencia u oculta. Sin embargo, es evidente que las mujeres están elaborando formas distintas de estar individual y colectivamente.

En el caso vasco, y tal como señala Begoña Arregi (1987) y recoge Mari Luz Esteban (1993:29) se han dado varios cambios: 1) Una mayor incorporación al trabajo asalariado y al mismo tiempo la incidencia negativa de la crisis económica 2) un aumento del nivel educativo de las mujeres, mayor variedad en las formas de convivencia y un retraso en la edad del matrimonio 3) un descenso en las tasas de natalidad, retraso en la edad del primer hijo y espaciamiento de las/os hijas/os 4) aceptación del uso de anticonceptivos y del aborto producido 5) impacto de los nuevos descubrimientos tecnológicos.

Todo ello indica que las mujeres "se han apartado de la rígida normativa familiar hacia un comportamiento más secular e individualizado" (Ibid.: 86) en equiparación con el de otros países europeos. Para Arregi las mujeres en la sociedad vasca se plantean el tener o no tener hijos o limitar su número, porque "la maternidad no es el único instrumento hoy en día para evaluar socialmente la función social e individual de las mujeres" (Ibid.p. 86) Las mujeres en general expresan una valoración de la actividad laboral y de la educación que es independiente de que hayan accedido a ellas o no. Es decir, hay mujeres que no habiendo tenido oportunidades para una u otra, lo valoran grandemente para sus hijas. Hay mujeres que se proponen acceder al trabajo y a la educación y otras piensan que ya es muy tarde.

La incorporación de la mujer al mercado de trabajo es el factor de cambio más importante para la mujer vasca por las consecuencias amplificadores que conlleva: relaciones, actividades y autonomía (del VALLE et. al. 1985: 284).

Esteban (1993: 302-303) señala la aparición de nuevos modelos como resultado de influencias directas e indirectas del Movimiento Feminista. Así respecto a la imagen corporal se da una tendencia a una interpretación más personal por encima de modas. A veces se insiste en una combinación de lo femenino-masculino y cambios en el aspecto como resultado de vivencias y cambios personales. Aumenta la importancia otorgada a la sexualidad y la reivindicación del placer sexual como algo positivo para las mujeres. Se acepta en la vida co-

tidiana fenómenos como el aborto que por sus asociaciones éticas o políticas están más cercanas a vérselas como ilegales (4).

De todos estos cambios aquellos que se relacionan con la vivencia de la sexualidad separada de la reproducción, con la relación afectiva-cualitativa de pareja y con la misma vivencia de la maternidad (DIEZ 1992: 251-264) apenas encuentran referencias en los valores tradicionales. De ahí que para muchas de las mujeres que los experimentan y o asumen, supone el vivir conflictos de intereses para los que necesitan nuevas referencias y apoyos fuera de ahí donde se da el conflicto. Estas manifestaciones revelan que el cambio tanto en su realidad manifiesta como en sus aspiraciones, es importante de cara al presente pero nos lleva a la necesidad de buscar referentes para situarnos; es preciso echar mano de continuo de un pasado en que apoyarnos, bien para mejorarlo, bien para emularlo o sencillamente para encontrar en ese tiempo anterior, algunas pautas de identidad contra las que podamos hacer las nuevas elaboraciones.

De la misma manera lo es el aceptar que la categoría mujer no es algo compacto y homogéneo sino algo en constante ebullición. Tal como apunta la antropóloga Henrietta Moore (1988) a la categoría indiferenciada de mujer que presentaba el feminismo, como si con su enunciado se quisiera unificar todas las situaciones, la antropología ha aportado un cambio: en vez de hablar de resaltar simplemente su variabilidad, la antropología propone centrarse en cómo el género, la raza, y la clase han contribuido a crear, no solamente puntos de encuentro sino principalmente, variedad y diferencia.

Más aún, la categoría mujer nos incita a leer sus aspectos cambiantes que abarcan, tanto el estudio de la variabilidad que existe en los estilos de vida de las mujeres, como el reconocimiento de las nuevas respuestas a: situaciones de la vida familiar (la comunicación en la convivencia en pareja, con las hijas e hijos, con las amistades); las formas de cómo afrontar las tareas de la casa; las nuevas valoraciones del trabajo en el marco laboral. Para esta visión dinámica de la categoría mujer me ha parecido importante la aportación que hace Judith Butler (1990). Afirma que no es válido pensar que se pueda llenar dicha categoría con las variables de raza, clase, edad, etnicidad y sexualidad. Más bien la misma aceptación de su esencial vacío "permite que tal categoría sirva como un lugar que esté permanentemente disponible para el cuestionamiento de significados. El vacío por definición de la categoría puede servir como una normativa ideal que esté a su vez libre de fuerza coercitiva" (Ibid.: 15) (5). Si se piensa que el feminismo designa un campo abierto de diferencias, un campo que no se puede totalizar o resumir mediante una categoría descriptiva, entonces el término mujer que se erija es un lugar de apertura y redefinición. Argumenta a favor de guardar y valorar las luchas mismas acerca del contenido del término como

(3) Mercedes Ugalde Solano resume muy bien sus características así como las líneas, aportaciones, figuras y obras principales (1993: 25-27)

(4) Esteban desarrolla a lo largo de su tesis los cambios que aportan las mujeres en su visión de la sexualidad y de la reproducción. Aparece la riqueza con que las mujeres expresan su sensualidad (pp. 156-160).

(5) La traducción de la cita es mía.

las bases sobre las que descansa la teoría feminista (BUTLER y SCOTT 1992: 16).

Volviendo al tema del cambio, es digno de notar la emergencia entre las mujeres, de nuevas inquietudes por saber, conocerse, crear un mundo de intereses y amistades propias. Hay deseos de superarse y en todo ello entiendo que hay por un lado, cierta discrepancia con la orientación que recibe la mujer para la vida y por otra, el descubrimiento de que hay muchas cosas que las mujeres pueden hacer, unas individualmente y otras en grupo pero que anteriormente no se contemplaban como posibles proyectos.

De todo ello deduzco que teniendo en cuenta las distintas situaciones donde se encuentran las mujeres, hay en muchas de ellas una actitud positiva hacia el cambio. Es más, me atrevo a decir que las mujeres están dando cuantitativamente cambios más importantes que los varones y eso teniendo en cuenta los puntos de partida de cada una y cada uno. Aparecen cada vez con más frecuencia las mujeres que quieren estar ejerciendo, incidiendo, decidiendo y recogiendo los frutos de todo ello; algo que ha estado más accesible a los varones que a las mujeres y que se identifica claramente con el poder. Así es como siguiendo a la filósofa Celia Amorós definiríamos el poder como: "capacidad de incidir sobre el mundo o de afectar lo exterior en mayor medida, o al menos no en menor medida, de lo que uno/a es afectado/a" (6).

Si nos detenemos en lo que significan las palabras de esta definición podemos decir que incidir está vinculado a la acción. Se trata de que las mujeres queremos actuar dejando huella. Actuar no de forma pasiva sino con iniciativa y con ideas propias. Y esto puede aplicarse a muchas situaciones y contextos de acción. Abarca desde las esferas de las relaciones, de las amistades, del trabajo fuera y dentro de casa, de las formas de pertenencia a asociaciones, de las maneras como una decide estudiar, perfeccionarse, acudir a unas clases, decidir sacar el graduado escolar, hacer un viaje, cambiar de manera de vestir, separarse, iniciar una relación, por citar algunas. En una palabra, la definición de poder que he mencionado considera que el poder que muchas veces se presenta como algo ajeno a las mujeres, es precisamente algo que nos potencia.

Sin embargo el poder como el cambio no se improvisan ni tampoco las maneras de ejercerlos y desarrollarlos. Hablamos de conquistar el poder, de acceder al poder, de disfrutarlo. Todo ello implica iniciativa, acción y dinamismo. Las formas de cómo se llega a ello, están a su vez definidas por las estructuras y expresiones sociales y culturales. El poder forma parte de la experiencia humana pero es en la edad adulta, cuando en general, llegamos a él.

De ahí que una de mis preocupaciones haya sido el investigar sobre la socialización que experimentamos las mujeres y especialmente, profundizar en aquellos aspectos que a mi entender, inciden en esa preparación para ejercer el poder o por el contrario, vehicularnos al no poder. Analizar en qué medi-

da la preparación que se da a las mujeres para orientarse y actuar en la vida, la capacitan para generar y desarrollar cambios en sus vidas. Para ello parto de un análisis que habla de una situación de desigualdad genérica que afecta principalmente a la mujer. Dentro de todo el spectrum de la desigualdad y de la jerarquía, incido en aquella que establece diferencias y jerarquizaciones en base al reconocimiento social de categorías de mujer y de varón. Esto se trasluce en una serie de trabas que afectan más directamente a las mujeres que a los varones. Trabas que tienen que ver muchas veces con la utilización del afecto, con la carga de responsabilidad que se asigna a ciertas tareas, con la utilización del sentimiento de culpa por citar algunas. Existen otras dificultades que impiden el acceso de las mujeres a puestos de responsabilidad aún cuando estén preparadas para ello. Y con ello me refiero a situaciones muy diversas. Unas que tienen que ver con el mundo del trabajo extradoméstico; otras con responsabilidades en el mundo de la política que incluye desde los niveles locales a los más generales. En el fondo se trata de una serie de trabas muy inmovilizadoras que provienen del universo de los valores, las metas, los modelos y que actúan de una forma profunda y duradera. Muchas de ellas son parte de la socialización diferenciada que se da a las mujeres y a los varones.

De ahí que vea que los cambios tengan que darse en muchos frentes y ello nos lleva a profundizar en aquellos aspectos que son más difíciles de desentrañar pero que son claves para la consecución de cambios. Hay que salir de los tópicos de que las mujeres estamos oprimidas para desentrañar las claves de la opresión así como las de los logros silenciados, teniendo en cuenta el contexto más amplio donde desarrollamos nuestras vidas.

La socialización es central en la creación de las identidades genéricas así como la forma en que se transmiten los contenidos en los momentos críticos del ciclo de vida. Una aprende a ser mujer o varón de la misma forma que aprende a ser niña, adolescente, joven, persona madura y anciana.

El punto de partida de mi reflexión es la existencia generalizada de formas de socialización diferenciadas para las mujeres y los varones que se corresponden, generan y sirven de apoyatura a las diferencias que se consideran importantes para unas y otros. Estas diferencias tienen un reflejo importante en la asunción de roles que llevan de una forma implícita y explícita al ejercicio del poder en su sentido más amplio y a sus especificidades. Mantengo la creencia de que a las niñas se las introduce de formas directas e indirectas en el rechazo al poder, de manera que se sientan incómodas con el, de que prefieran delegarlo, de que lo consideren un ámbito extraño, muchas veces hostil: un campo lleno de dificultades en el que los precios a pagar, no tienen su correlato con las satisfacciones, logros que puedan obtener. Esto muchas veces no se hace de forma directa sino que existe una variedad de situaciones y experiencias donde se da, por un lado, la iniciación en los elementos, experiencias contrarias a aquellas cualidades que luego se valoran y prestigian, y por otro, la minusvaloración indirecta de todo aquello que podría conducir al poder. Pero sobre todo, existen unas premisas desde las que se actúa y que permean el pensamiento y la acción.

Este pensamiento estuvo presente en el estudio que realiza-

(6) Celia Amorós "Mujeres, feminismo y poder", Madrid: forum de Política feminista /1989/, p. 7.

mos sobre la mujer vasca entre 1981-1983 en el que se analizaba a partir de la interrogante planteada por Peggy R. Sunday acerca de las formas en que las mujeres eligen en muchos casos delegar la autoridad en vez de tratar de ejercerla ellas mismas. Se “observa la necesidad de analizar estos mecanismos delegatorios, si es que existen, en vez de valorar negativamente la ausencia de decisiones, por lo que pudiera mostrarnos respecto a la capacidad manifestada de la mujer para obtener fines concretos” (del VALLE et al 1985: 151) Se descubría un temor en las formas en que las mujeres asumen las responsabilidades más fuertes pero permanecen en la sombra, actuando de apoyo, de forma que ellas cargan con el peso que implica la responsabilidad pero no aparecen como las ejecutoras

Es por ello por lo que en este artículo, analizaré primeramente, cuatro presupuestos que inciden de una manera negativa en el aprendizaje del poder y en general, hacen de la socialización un proceso que lleva a las mujeres, más al no poder que al poder. La presencia de estos elementos variará pero el analizarlos y detectarlos puede ser importante en la tarea de crear procesos que faciliten la igualdad. Así me fijaré en lo siguiente:

1. La naturalización de las diferencias establece las bases para la desigualdad. Es necesario la deconstrucción de cómo la atribución de las bases biológicas en el aprendizaje del ser mujer o hombre, va sentando los pilares para la subordinación, es decir, para aceptar el no poder.
2. El destacar la diferencia entre las distintas clases de responsabilidades y su relación con el poder, pone de manifiesto la responsabilidades que limitan y aquellas que potencian.
3. La responsabilidad que genera culpa, aunque a veces aparezca como poder, es un indicador de subordinación.
4. El aprendizaje diferenciado de los roles, se apoya en la figura del adulto más poderoso.

La naturalización de las diferencias

El énfasis en lo cultural no supone la negación de las diferencias biológicas. La aportación de Simone de Beauvoir “La mujer no nace sino se hace” sigue vigente y no excluye la contemplación de cómo cada cultura interpreta lo biológico, por ejemplo, las diferencias genitales, las anatómicas, el grado de fuerza física. En el estudio de los procesos de socialización se ha dado un debate acerca del peso de lo biológico y de lo cultural. En apoyatura de lo biológico se asocia a las niñas con una mayor habilidad verbal mientras que en los varones se da una mayor orientación espacial. Los resultados de estudios no parecen clarificar la cuestión respecto a la incidencia de la biología en uno u otro campo. Sin embargo, incide directamente a la hora de transmitir con un énfasis doble las expectativas acerca de que las niñas se van a expresar mejor y los niños van a tener unos marcos de referencias espaciales más amplios. Y es evidente que las creencias en la existencia de la habilidad diferenciada, sirven a su vez para recalcar uno y otro talento y potenciarlos separadamente.

En este sentido resulta más significativo el descubrir cómo se crean, desarrollan, refuerzan y transmiten estas expectativas más que el probar si tienen su apoyatura biológica. El que

la tengan o no, tiene cuantitativamente y cualitativamente menos importancia que la apoyatura cultural a que se ven orientadas y sometidas.

Una aportación desde la antropología ha sido el interrelacionar las construcciones del género con la vivencia social. Ver cómo las valoraciones positivas o negativas que se hagan, los estereotipos que se creen, los símbolos que se utilicen –por ejemplo, la expresión de lo masculino o femenino mediante colores, formas, objetos– deben analizarse en relación a las formas de actuar que admitimos para unas u otras. Así experiencias biológicas como la menstruación, el parto, hay que pensarlas de una manera global: desde los símbolos con los que se las asocia, por ejemplo la menstruación con la limpieza en algunos momentos y en otros con la contaminación; el parto con la vida y con la muerte. Y al mismo tiempo, estas simbolizaciones y valoraciones compararlas con las actitudes que tiene la gente, con la valoración social que se tenga, con las normativas que lo regulen. Por ejemplo, hablar del embarazo como del período en el que se gesta la vida y negarle a esa persona el derecho a decidir sobre su cuerpo, sobre su propia vida, nos dice algo sobre una disparidad de discursos y significados.

Tal como dice Verena Stolcke (1993) existe una tendencia a resaltar las diferencias sociales y a legitimarlas al construir las como si estuvieran enraizadas en diferencias naturales. Es notable, dice, el constatar cómo en la sociedad de clases las diferencias de sexo y de raza aparecen como marcadores predominantes de desigualdad social. Es más, ambas interaccionan para reproducir la opresión de las mujeres en general y las diferencias particulares entre ellas en la sociedad de clases (STOLCKE 1993: 19). De ahí que desde la antropología esta problemática constituya un campo de trabajo significativo.

De la definición de poder que hemos tomado anteriormente, podemos ver, que la incidencia hacia el exterior y el afectar más que ser afectadas, supone una actitud de iniciativa, un estar en el juego para poder mover la ficha a tiempo. Supone un paso respecto a la actitud de defensa ya que en el poder se quiere incidir. Se trata de un proceso de exteriorización que contrasta con aquellos procesos en los que se va tejiendo la vinculación entre situaciones de desigualdad, y la presencia de características “naturales”. Lo natural remite a la herencia, a aquello que nos viene dado y es por lo tanto inmovilista. La mención de lo “natural” siempre produce respeto. La fuerza del tabú del incesto está precisamente en cierto acuerdo bastante generalizado de que va contra la naturaleza. A esta luz de la “naturalización” debemos estudiar las bases en las que se fundamenta todo lo relacionado con argumentos y legislación en contra de la interrupción del embarazo.

En el poder, para incidir, hay que saber actuar, lo que encuentra escollos en la interiorización con que se vive la normativa que impide cuestionarse aquello que nos viene dado. En el primero se requiere actuar, adelantarse en muchos casos para ofrecer liderazgo. Sin embargo, los procesos de naturalización de situaciones de la vida, se orientan más al inmovilismo y a la autodefensa. Un área donde se genera ampliamente esta vinculación es la de la iniciación en la sexualidad, que cuando se presenta unida a la reproducción, reduce la capacidad de incidencia de la mujer en otras áreas de la vida. Esto

se da a través del sometimiento del placer a la reproducción o presentándolo en contraposición ya que desde ciertas ideologías y creencias, debe estar abierto siempre a generar vida.

¿Cómo aplicar estos conceptos que he mencionado y que nos llevan de lo abstracto a la experiencia de la socialización? ¿En qué medida los sistemas de valores que se van inculcando, sustentan la naturalización de la desigualdad? El trabajo está por hacer. Apunto a algunas de las áreas donde habría que aplicar esta reflexión:

- las historias y relatos orales así como toda la narrativa que ofrece modelos, situaciones que por su riqueza simbólica, alimentan el mundo de la fantasía.

- la relación entre tareas y su argumentación basada en determinantes biológicos.

- la fundamentación en la capacidad reproductora de la mujer, de conceptos como: patria, etnia, raza, ciudadanía, aspecto que ha tratado ampliamente Stolcke (1993).

- la vinculación de la mujer con la transmisión de la lengua, religión, identidad étnica.

La fuerza de cada una de estas áreas en la socialización va a variar aún dentro de una misma cultura. Va a incidir en ello la identificación que tengan las mujeres con la tradición, y los grados de esencialismo con que se las conceptualice. Así mismo el grado de amenaza que exista sobre la tradición, delimitará el proceso y en muchos casos impedirá cambios que lleven a situaciones de cuestionamiento y por lo tanto de debilidad.

De la misma manera, las personas dentro de una cultura tendrán distintas respuestas al peso de la naturalización. Siempre habrá personas que se escapan total o parcialmente de ello. Así habrá que contemplar aquellas situaciones y actuaciones que representen alternativas a las definiciones de lo que se considera asimilación de los valores transmitidos y o cuestionamiento de los mismos. Así mismo la naturalización va a ir cambiando de forma que se conceptualizará de distintas maneras como respuesta a situaciones de cambio, a contextos sociopolíticos, a los altibajos económicos, especialmente del mercado de trabajo. En general, las mujeres van a ser sujetos de ello en mucha mayor medida que los varones. En la base de todo ello está un predominio del constructo de lo natural como elemento definidor de la identidad individual de las mujeres.

Responsabilidades y su relación con el poder

Muchas veces se ha medido el poder de la mujer en función de las responsabilidades que asume sin pensar que muchas de ellas no tienen su correlato “en un mayor poder decisorio de la mujer, más bien podemos decir que estas obligaciones limitan el campo de sus actividades y proyectos” (del VALLE et al 1985: 158). De ahí la importancia de analizar las responsabilidades bajo este prisma que nos lleva a descubrir que en muchas instancias, las áreas que en general confieren poder decisorio, se corresponden con aquellas que se valoran social y culturalmente, mientras que las que la mujer asume mayoritariamente, se sitúan al margen de dicha valoración (Ibid.: 152) Por lo tanto, no se trata de grados de responsabilidad sino de la valoración que ésta tenga dentro del siste-

ma último de prestigio. De ahí que se precise para el análisis, de las consideraciones siguientes:

- Su contextualización en relación a los ámbitos donde se lleva a cabo: doméstico, laboral, político.

- Su inclusividad o exclusividad: si las responsabilidades pueden ser intercambiables o si por el contrario contribuyen de manera fija a la identidad social de las mujeres o de los hombres como pueden ser las tareas de la casa.

- Su interioridad y o exterioridad: mayor o menor grado de visibilidad. Ver en qué medida ciertas tareas obtienen una valoración diferenciada cuando traspasan el ámbito de lo doméstico. Así las tareas de la preparación de la cocina cuando las hacen las mujeres en casa se clasifican de una manera, mientras que cuando se hacen fuera de ella, quedan comprendidas dentro de la palabra “restauración”, “la nueva cocina”, por citar algunos ejemplos. Y eso aunque los mismos autores aseguren que recibieron las recetas de sus madres y abuelas.

- Su relación con aspectos rituales. El ritual realza el valor de las personas, acciones, objetos y en muchos casos hace que todo ello trascienda al momento de la celebración. En el mundo rural vasco, muchas de las actividades relacionadas con los trabajos agrícolas en los que se empleaba la fuerza, se han ritualizado y de ahí que tengamos un abanico amplio de competiciones que abarcan el levantar piedras, cortar troncos, segar la hierba, mientras que no ha ocurrido lo mismo con el trabajo y responsabilidades de las mujeres.

- El peso simbólico que haga trascender dicha responsabilidad al momento y pueda servir de referencia. Así podrían considerarse aquellas que generan fuerza hacia fuera (*indarra*) y fuerza hacia dentro (*sendoa*). A la mujer se la ha visto más en su role de mediadora (ARETXAGA 1988: 31-34,97,100-102) que como inventora, punta de lanza (7).

La experiencia del sentimiento de culpa como impedimento para el poder

En un estudio de I. Etxeberria sobre las diferencias sexuales en la experiencia de los sentimientos de culpa, se mantiene que las mujeres manifiestan una mayor tendencia a expresar sentimientos de culpa que los varones, incluso en aquellos casos en los que ambos mantengan valoraciones semejantes sobre las conductas transgresoras. En dicho trabajo se analizó la relación entre las distintas clases de prácticas disciplinarias parentales y la intensidad de los sentimientos de culpa de las/os sujetos ante diversas conductas. Los resultados mostraron que tanto las madres como los padres, utilizan con las niñas prácticas inductivas; de afirmación de poder y de “retirada de amor” que correlacionan positivamente con culpa. Por

(7) Para las referencias de autoras y autores sobre *indarra* y *sendoa*, ver del Valle (1987: 139-143) a las que habría que añadir: Aretxaga (1988: 92-97) un artículo de Ott (1990) sobre *indarra* y las contribuciones de Esteban (1993: 113-14) a partir del análisis de entrevistas en profundidad a mujeres en las que ve que “en el campo de la salud las mujeres expresan y simbolizan mediante la fuerza y la energía su bienestar o su malestar” (Ibid.: 114).

el contrario, madres y padres utilizan más prácticas disciplinarias de razonamiento con los niños que con las niñas y ésto a su vez incide en un menor sentimiento de culpa. Finalmente, las mujeres aparecen como más sensibles a los reclamos de esta clase de disciplinas (ETXEBERRIA 1989: 249-50; 254-55).

En la comparación de sujetos adolescentes con padres con los que discrepaban acerca de valoraciones de determinados comportamientos sexuales, se constató que las mujeres experimentaban un índice mayor de culpabilidad que los varones. Es más, "las mujeres que se hayan en proceso de cambio experimentan sentimientos de culpa más fuertes que los varones ante la práctica de aquellas conductas sexuales sobre las que han empezado a opinar de forma positiva" (p. 256)

A la hora de ver las repercusiones que éstas maneras diferenciadas tienen en el aprendizaje del poder, es evidente que la mujer se inicia de una forma más definida y sistemática en la conformidad con las normas. Se espera que las acepte y las interiorice mediante una asunción del peso del afecto.

Dado que en la sociedad, las normas están en muchos de los casos elaboradas desde una visión de prepotencia masculina, las mujeres más que los varones son las que han de luchar por los cambios ya que son las que se hayan en situación de desventaja. Es así que a ellas les toca la tarea más difícil que es la de ir contra corriente en la mayoría de los casos. Sin embargo, aparece una gran contradicción: por un lado, son las mujeres las que presentan una mayor dificultad para verse satisfechas en la aceptación de normas que supongan negaciones de apoyo y afecto y por otro, es en las situaciones de cambio donde suelen aparecer los conflictos que pueden llevar a rechazos emocionales. De ahí que cuando las mujeres están dispuestas a cambiar, lo hacen en la mayor parte de los casos, con un coste y un esfuerzo mayor que el que corresponde a los varones.

Muchas de las áreas donde las mujeres están más expuestas a desarrollar los sentimientos de culpa están asociadas con las vivencias del cuerpo. Abarca todo lo que afecta a la experiencia de la sexualidad que va desde las vivencias de las experimentaciones tempranas, hasta el descubrimiento y desarrollo de las distintas formas de placer. Las decisiones acerca del control de la reproducción, la interrupción del embarazo, implican a la mujer emocionalmente y provocan con frecuencia sentimientos de culpa.

Otras decisiones que favorecen la culpabilidad, afectan más a los roles de esposas y madres como son los momentos críticos de resolver una separación, un divorcio. Conlleva el medir la implicación que la mujer debe de tener en la educación de los hijos así como en los momentos críticos de sinsabores y enfermedades. Finalmente, la elaboración positiva del duelo en el caso de una mujer viuda, es otro momento propicio a la ansiedad y a la aparición de posibles sentimientos de culpa. Tal como señala Gondar (1991) las múltiples estrategias que tienen lugar en el proceso del duelo manifiestan un deseo profundo: negar el cambio. La negación se realiza mediante dos prácticas fundamentales: huyendo del hecho y explicándolo. Aunque Gondar ve en ello aspectos positivos que le permiten a la mujer mantener la continuidad, desde la perspectiva que mide la preparación de la mujer para el poder, la

ruptura y por lo tanto nuevas elaboraciones positivas del duelo, estarían más en la línea de prepararla para incidir, ejecutar, afectar y por lo tanto, para roles sociales autónomos.

El aprendizaje de los roles sexuales

Las edades en las que se empieza a ejercer una presión diferenciadora entre las niñas y los niños varía según las culturas. En culturas occidentales está bastante extendido el hecho de que ya antes de nacer se establece la diferenciación en la preparación para la llegada del nuevo vástago: los colores (rosa para la niña y azul para el varón); los adornos en la ropa y complementos para la primera y una mayor austeridad para el segundo; los planes sobre el futuro de una y de otro tienen ya un matiz diferenciador. La importancia del nombre se refleja en la elección que generalmente se hace antes de nacer y la rigidez con que los nombres establecen la identidad femenina o masculina. Aunque no se supiera más, al oír un nombre ya podríamos establecer la diferenciación.

En otras como en la sociedad de las islas Chuuk en Micronesia, a los infantes de uno u otro sexo se les considera neutros y se utiliza un nombre único (*monukon*). A pesar de ello, para cuando llegan a los tres o cuatro años se da comienzo a la socialización diferenciada y por lo tanto a la iniciación en los roles que unas y otros han de jugar (Marshall 1979:84)

Sin embargo de todos aquellos elementos que dentro de la socialización inciden en la creación de las identidades genéricas, voy a resaltar los que a mi entender tienen una incidencia mayor en el aprendizaje del poder o del no poder. Tal como indica Ann Oakley (1987:173-88) se ha visto que en el desarrollo de las identidades de género del infante influyen notablemente el poder relativo de la madre y el padre, por el modo en que una y otro participen en su cuidado y por las técnicas de disciplina.

La criatura tiende a imitar y a identificarse con el que sea de los dos más fuerte, lo mismo si es la madre o el padre. En aquellos casos cuando una y otro difieren en su poder, autoridad, control sobre los recursos, tanto los chicos como las chicas imitan el comportamiento del padre o madre más poderoso. De hecho afirma que la similitud entre la madre y el hijo en un grupo doméstico donde la madre sea la dominante es parecida a la del padre-hijo en un grupo doméstico dominado por el padre. El castigo y la disciplina son importantes solamente como un índice de poder, no en sí mismos. La percepción del niño acerca de quien tiene el poder está con más frecuencia asociado a factores económicos. Así el padre que gana el dinero aparece como más poderoso que la madre que lo gasta.

Si la madre trabaja y gana un salario esto afecta de una forma distinta a los niños que a las niñas. Las hijas de mujeres que trabajan se identifican menos con la femineidad tradicional mientras que los hijos aparecen más dependientes, son más obedientes. Las hijas se muestran más agresivas, dominantes, desobedientes e independientes.

Los hijos/hijas donde la madre y el padre trabajan fuera de casa tienden a ver los roles de género menos diferenciados. Además del poder afirma Oakley, influye asimismo en la identificación necesaria para el aprendizaje de los roles, la ca-

lidad de la relación que existe entre los padres/madres y sus vástagos. Y esto afecta tanto a las niñas como a los niños.

Finalmente hay que tener en cuenta que tanto las madres como los padres no son solamente individuos sino que son miembros de grupos más amplios; algunas de las identificaciones de las niñas/niños con sus modelos parentales no son personales sino de posiciones, esto es, al padre/la madre se le percibe como un miembro de una cierta edad, sexo y status. Ello influye que a pesar de las diferencias que puede haber en los comportamientos que las madres y padres tienen respecto a sus vástagos, estos absorban estereotipos culturales similares e imiten los modelos parentales. Estos estereotipos pueden producirse aún cuando el niño/niña carezca de modelo.

Los niños/niñas seleccionan sus ideas acerca de los modelos de género fuera de sus familias a través del contacto con otros niños/niñas y también de sus horizontes sociales. Los libros de texto, la literatura infantil y juvenil están llenos de estereotipos culturales tanto en los temas que se tratan como en los valores que transmiten las/os protagonistas. Todo ello nos demuestra que los roles de género se desarrollan en un marco cultural muy complejo.

La necesidad de nuevas socializaciones

Aquí quiero resaltar cómo una visión de socialización que haga hincapié solamente en la infancia, adolescencia y juventud, incide negativamente en la comprensión de la situación de muchas mujeres y es clave para la elaboración teórica del cambio. Dependiendo del concepto de socialización que se utilice, muchos de las necesidades y aspiraciones que experimentan las mujeres como resultado de nuevas tomas de conciencia y que cuestionan más directamente aquellos procesos que las encaminan al no poder, pueden quedar fuera de sus vidas como si se tratara de necesidades y aspiraciones extraordinarias. Tal como señala Diez (1993: 175) es evidente que existe una socialización para la continuidad y otra para el cambio. De la misma manera hay que diferenciar entre avances en el acceso de la mujer a la educación y al mismo tiempo, una socialización para seguir prioritando roles domésticos. Sucede con frecuencia que las estadísticas muestran porcentajes en alza de mujeres que cursan estudios de nivel superior (ARREGUI 1987: 55-57) y al mismo tiempo, esas mismas mujeres, pueden experimentar fuertes conflictos derivados de su inmersión en sistemas de valores y de prestigio dispares.

En una visión masculina de la sociedad se piensa que la persona ya está configurada una vez que ha pasado los estadios que abarcan desde la infancia hasta la juventud. Se asume que las orientaciones que ha recibido y las experiencias que ha vivido, le han iniciado en todo aquello que la sociedad considera importante para su realización dentro de una cultura determinada y en muchas situaciones el hecho de ser hombre, le confiere un status especial.

Desde una antropología que ha estudiado predominantemente a los varones y aún cuando haya incluido a las mujeres sigue estando dominada por el enfoque masculino, el énfasis en la importancia de la socialización temprana, puede tener su validez. Se debe, a que ya desde los estadios iniciales de la

socialización, el varón ha estado expuesto a un cúmulo importante de conocimientos y experiencias y ha sido iniciado en un marco de referencias más amplio que el de las mujeres que le va a permitir utilizar ese esquema general de vida, aún cuando efectúe cambios a lo largo de su vida. Se le ha presentado aunque sea de forma incipiente un cúmulo de posibilidades, intereses, formas de estar socialmente que podrán irse desarrollando a lo largo de la vida. Ha habido experiencias de libertad que le han dado el sabor de lo que esto supone. La movilidad física le ha proporcionado accesos a aquellos campos que se consideran parte del dominio del varón. Los distintos ritos de iniciación le han enseñado a traspasar umbrales y le han dotado de mecanismos para avanzar en la consecución de fines más allá de su propio terreno. Estos ritos le han enseñado a romper con la continuidad, a marcar distancias.

También se le ha iniciado en distintas situaciones y ha tenido experiencias de lo que supone la jerarquización que en muchos momentos ha ido acompañada de sensaciones gratificantes, de saberse situado por encima de otras personas: las mujeres, y esto independientemente de que en otros aspectos regidos por sistemas de clase, raza, se encuentre en posición de desventaja. Puede darse, que para muchos varones, la superioridad sobre la mujer haya sido la única experiencia de dominio.

Para el varón, el número de personas bien de su entorno inmediato como del más lejano que puedan servirle de modelos, de estímulos y o de rechazo, abarca campos muy diversos del mundo del: deporte, la cultura, la política, la empresa, la creatividad, el espectáculo, los medios de comunicación. Todo esto le ha proporcionado un campo de referencias y de perspectivas que podrá ir poniéndolas en práctica o no a lo largo de la vida y su consecución va a estar mediatizada por otros factores que se medirán no en competencia con las mujeres, sino con otros varones. Tendrá que competir y en ello otros elementos además de ser varón y que dependerán de lo que en cada cultura se valore y prestigie, entrarán en línea: capacidad intelectual, valentía, liderazgo, presencia física, estoicismo, habilidad verbal, capacidad manipulativa, argucia, don de gentes.

En el caso de las mujeres la situación es distinta. El marco de referencia aparece muchas veces delimitado por los roles a los que pueden acceder. Así su preparación está en la mayoría de los casos en función de las expectativas de los roles de madre y de esposa y todo lo demás pasa a segundo término mientras que en los varones, están mucho más integrados los roles que los definen como procreadores y como compañeros. Es más, aún dentro de las valoraciones de roles como madre y padre, el aspecto de una mayor relación de la mujer con la naturaleza, la vehicula con una responsabilidad mayor que en el caso del varón; y se manifiesta a su vez en muchas circunstancias, en una gran carga de culpa si la mujer no responde a las expectativas creadas socialmente y asumidas de forma "natural" por ella misma. Ya en la práctica cotidiana, los atributos que definen a la mujer así como las habilidades que se desarrollen irán orientadas a las obligaciones "naturales" que ha de ejercer. Sus derechos, privilegios, serán aquellos que le permitan los roles. Ha de tenerse en cuenta que estos roles van encaminados principalmente al marco de la familia, del

grupo doméstico y su principal espacio físico referencial va a ser la casa. La preparación para el trabajo estará principalmente en función de los otros roles. No es algo que en general se considere como una preparación básica como en el caso del varón. En el caso de la mujer, estará condicionada a su vez a la consecución de las responsabilidades prioritarias. La experiencia de movilidad, la definición de límites va a estar relacionada con los conceptos que se tengan de lo que pueda hacerla más valorada a la hora de convertirla en esposa, en madre. Las posibilidades de modelos para su identificación o rechazo ofrecen muchas limitaciones ya que suponen propuestas que pueden ir acompañadas de las rupturas afectivas a que hemos aludido anteriormente al tratar del sentimiento de culpa.

Esta visión global de la socialización va a estar influida a su vez por el contexto social e histórico en el que se van encajando las distintas generaciones y sus grados de apertura a la problemática social y política. Así las necesidades de nuevas socializaciones afectan de manera distinta en el momento actual a las mujeres en edades comprendidas entre los 30 y 55 años que corresponderían a la "generación del franquismo" y aquellas que nacieron después y que entran en la denominada "nueva generación" (Díez 1992: 175-76 y PEREZ-AGOTE 1987: 147-48). Es por ello por lo que tanto las necesidades como la respuesta a ellas va a tener que ser diferente.

En todo ello está claro que para muchas mujeres y especialmente para la generación del franquismo, la mujer al haber alcanzado el estadio del matrimonio y de la maternidad se puede considerar que ya ha cubierto los objetivos principales de su vida. Cuenta con aquello que posee ya en ese momento: conocimientos, aspiraciones. Como una buena parte de sus aspiraciones están en función de los demás, el desarrollo propio depende de las necesidades de las otras personas: compañero, marido, hijas e hijos, nietas y nietos. De ahí que muchas mujeres hablen principalmente de lo que hacen los demás, de lo que necesitan los otros/otras más de lo que en el fondo necesitan, quieren, desean. Una tarea importante va a ser el ir reforzando su valía a lo largo de la vida en la medida en que siga cumpliendo las expectativas iniciales: pasar de madre a abuela, pasar a cuidar a los padres que la orientaron y apoyaron hasta convertirla en madre, seguir siendo el apoyo del marido y de los hijos a lo largo de la vida. En el caso en que se inserte en la economía de mercado, se espera que siga aportando a la economía doméstica mientras sea necesario. En casos en que afecte negativamente a su otros roles, dejará el trabajo o lo relegará de forma que ocupe menos de su tiempo y de sus intereses, hasta en algunos casos vivir su situación laboral como una carga, una doble o triple jornada (8).

Por todo ello, es evidente que la propuesta de una socialización que consta de varias etapas que se van cubriendo a lo largo de la vida, afecta de una manera más directa y más positiva a las mujeres que a los hombres. Permite por lo menos que las mujeres incorporen los aprendizajes de nuevas situa-

ciones, el descubrimiento de modelos que eran impensables en la primera etapa, el interés por nuevas cuestiones, el deseo de conocerse más, de relacionarse con otras personas, de abrirse a sitios y a experiencias nuevas.

Esta socialización se ha de realizar principalmente fuera del ámbito donde se ha conceptualizado tradicionalmente a la mujer, como es en la mayor parte de los casos la familia y el grupo doméstico. Puede darse junto con la educación formal pero es de una índole distinta ya que va encaminada a adquirir conocimientos, a conseguir apoyos, a crear complicidades, a debatir problemas, a diseñar modelos, a expresar disatisfacciones y a definir nuevas aspiraciones. El elemento clave de todas ellas es que se basan en el reconocimiento intelectual y emocional de la desigualdad genérica. De ahí que las nuevas socializaciones precisen de una inserción en grupos y asociaciones de unas características propias. Así la incorporación a grupos de concienciación feminista, la entrada en redes de mujeres que sirven de apoyo, de comunicación y de nuevas referencias, la puesta en marcha de nuevas redes, la participación en el asociacionismo en sus múltiples variantes, la pertenencia a Institutos, Seminarios de investigación y estudio, son algunos de los ejemplos de contextos para las nuevas socializaciones. Otros muchos existirán en los distintos marcos sociales y culturales y surgirá una mayor variedad en el futuro. Esto puede ir compaginado con otra clase de relaciones y de vinculaciones familiares, laborales, profesionales porque los objetivos de cada una de ellas no llenarían esa necesidad específica que surge de la concienciación de la desigualdad.

Como se ha ido apuntando a lo largo de este trabajo, la especificidad no se desprende de la diferenciación sexual o de interpretaciones esencialistas de lo femenino. Se deriva más bien, de la situación marginal de las mujeres en relación a la organización total de la vida social.

Si la socialización es aprendizaje en como existir social y culturalmente, la socialización desde una visión progresista de las mujeres, ha de verse como un proceso que dura toda la vida. Sólo así podremos incorporar los cambios que experimenta la mujer y aquellos que ella crea. Asimismo, desde un punto de vista metodológico, se habrá dado un paso cualitativo que permita incorporar situaciones y procesos más amplios que permitan avances en el conocimiento. De toda esta consideración se desprende que una teoría de la igualdad, debe incorporar en su marco conceptual, la creación y desarrollo de las nuevas socializaciones que son a su vez claves para la salida de la dominación y por lo tanto para acceder al poder.

Desde una visión dinámica y procesual de la socialización, se trata de analizar las formas en las que ésta sirve de base o no para la elaboración de nuevas estructuras, identidades y relaciones sociales. Las oportunidades de aprendizaje son vitales para las mujeres que aspiran a salir de situaciones inmovilistas a las que con frecuencia se ven relegadas por la asignación de roles que apenas permiten cambios. Cuando deciden salir, se ven necesitadas de nuevas directrices que las ayuden a elaborar positivamente la incertidumbre, la culpa y la inseguridad. Señalo a continuación algunas de las situaciones de cambio.

Mujeres que cambian los roles que se han considerado prioritarios como son los de madre y esposa.

(8) Para un desarrollo antropológico del tema del trabajo y la mujer en el caso vasco ver Díez (1993).

Mujeres que elaboran nuevos roles a partir de los anteriores: mujer separada, mujer divorciada, madre soltera.

Mujeres que ejercen opciones sexuales en un marco más amplio de referencia sexual.

Mujeres que adquieren una preparación para entrar en el mercado laboral o para iniciar un nuevo trabajo, a una edad tardía.

Mujeres que buscan nuevas formas de conocerse y de ahí desarrollar su potencial afectivo, intelectual, creativo.

Mujeres que empiezan a moverse en espacios más amplios, que empiezan a hacer nuevos itinerarios que las llevan a otros lugares de su barrio, a traspasar los límites de las calles que antes las circunscribían, que navegan por la ciudad que antes apenas conocían y que empiezan a expandir sus horizontes geográficos.

Mujeres que reelaboran la organización de sus responsabilidades domésticas y familiares y establecen nuevas distancias psicológicas con ellas.

Mujeres que cambian las asignaciones de imagen, tareas y expectativas relacionadas con la reivindicación de la edad sentida como contraposición a la edad real y a la edad atribuida. La medicina se basa más en la objetividad de la edad real mientras que las expectativas sociales y los estereotipos, descansan en la edad atribuida (9).

En fin, mujeres que empiezan a hacer lo que nunca habían hecho y que piensan que sólo podrían realizarlos a través de las actuaciones de sus hijas e hijos.

Todo ello conlleva una forma nueva de aprendizaje tan importante como la que se ha ejercido en un primer momento. Es más, me atrevería a decir que para muchas mujeres, marca el comienzo de una vida nueva en la que se sienten libres para poder ser mujeres en libertad sin las trabas, condicionamientos a que han sido sometidas por sus padres, hermanos, maestros, en la socialización temprana. Es importantísimo el prestar atención a estos procesos y a incorporarlos en la visión y estudio de la socialización.

Para ello se han de estudiar las formas en que las mujeres acceden a estos conocimientos a través de:

- grupos de concienciación feminista; incorporación y participación en grupos, asambleas, seminarios;
- asociaciones de mujeres dirigidas a su promoción;
- la incorporación al mundo del trabajo asalariado desde cooperativas, proyectos diseñados desde las mujeres.
- grupos de apoyo en momentos críticos (mujeres separadas; mujeres maltratadas; asociaciones de viudas; mujeres mastectomizadas).

Implica una toma de conciencia personal a la que han tenido que concurrir toda una serie de vivencias y experiencias. Cuando las planteamos las mujeres, supone un proceso más difícil aunque los hombres que lo hagan lo experimentarán asimismo. Pero el hombre siente menos la necesidad de un planteamiento de cambio porque la situación en la que se encuentra es en la mayoría de los casos más favorable que la de

las mujeres en la misma situación. En general, las contradicciones no se plantean (a nivel de vida cotidiana) a no ser que vengan planteadas desde otras personas como pueden ser la compañera, gente cercana a la que valora y que le hablan desde vivencias a las que no se puede negar. A las mujeres se nos presenta como algo vivencial, cercano a la experiencia y en la que se ponen en evidencia las dificultades y las discriminaciones.

Tal como señala Diez (1992: 309) Las expectativas que el sistema social crea en las mujeres, respecto a su futuro como esposas y madres, influyen de manera notable en las decisiones a tomar por aquellas en relación con su trabajo". Sin embargo hay diferencias en las maneras como las mujeres afrontan la decisión de continuar en un empleo y en ello incide, tanto las condiciones de los trabajos como la mismas estructuras familiares y la visión del trabajo, de la mujer fuera de casa como algo vinculado o no a la vida familiar (311-12). Así mismo "se comprueba que es posible un cambio en los proyectos de vida de las mujeres, al entender la socialización como un proceso que continúa a lo largo de la vida y que rompe el esquema tradicional que anulaba nuevas posibilidades e iniciativas a una edad determinada o una vez que se había optado por el matrimonio y la maternidad". En ese proceso, mujeres que comenzaron a trabajar siendo muy jóvenes, sin preparación ni cualificación, han encontrado a través de su trabajo, de las relaciones que se establecen en él y de la defensa de unas condiciones dignas como trabajadoras o del propio puesto de trabajo, una forma distinta de estar en la sociedad. Asimismo, la vivencia del paro laboral, la forzada permanencia en el espacio doméstico, es vista como reclusión y merma de la posibilidad de ser una persona autónoma y participativa de lo social". (Ibid: 311).

Una reflexión importante surge precisamente del análisis de aquellas situaciones (podría hablarse de crisis), en las que la mujer se plantea una disconformidad con su situación personal. Aunque pueden verse como agujeros negros, se pueden de la misma manera contemplar como posibles estadios creativos que lleven a la mujer a transformar su vida y avanzar.

Después de haber considerado cuatro campos donde la socialización se define claramente en el área de la iniciación al poder, queda claro, que aquellos aspectos que sientan las bases para el comportamiento diferenciado vinculado a la categoría de lo natural, no desarrollan cualidades que aparecen como propias en el campo del ejercicio del poder. La mayor utilización de los sentimientos de culpa en todo aquello que suponga una trasgresión, un desvío de la norma establecida, refuerzan actitudes de conformidad más que de autoridad y ejecución y apoyan la inclinación al no poder, más que al poder. El peso de tradiciones muy extendidas que dificultan la instauración de límites que faciliten y conduzcan a la objetivación de situaciones, y a establecer la discontinuidad de los afectos, aparece como un obstáculo para facilitar el acceso y especialmente, el mantenimiento de la mujer en el poder.

La socialización continuada es clave para el cambio en las vidas de las mujeres porque son ellas las que tienen que conquistar nuevas metas, en la lucha por una incorporación social a todos los niveles y no es posible hacerlo con las orientaciones y valores que estaban encaminados a reforzar precisa-

(9) Para una discusión de estas diferencias dentro del contexto de cómo se elabora el tiempo de las mujeres, ver del Valle (1991:57-60).

mente posturas de apoyo, de sumisión, de agrandar a los demás más que de tomarse a una en cuenta. Los cambios acaecidos que establecen un descenso en el número de hijas/hijos o en la consideración de ser madres o no, cuestionan muchos de los planteamientos en los que la mujer se definía principalmente por las/los vástagos y donde otras aspiraciones quedaban en segundo término o relegadas. Sin embargo, los nuevos valores que sustentan el cambio, pertenecen todavía a la marginalidad. Las redes, grupos donde se dan las nuevas socializaciones, son los más apropiados para recoger, desarrollar y transmitir las pautas que sirvan para crear las nuevas referencias.

Es evidente que a pesar de los cambios favorables a una mayor incorporación de las mujeres a la vida social, esos mis-

mos cambios y los que aún están por gestarse, exigen de una preparación específica que difiere en la mayor parte de los casos, de aquella que han recibido las mujeres. Es más, esta laguna se expande, cuando se analizan las exigencias que conlleva el ejercicio del poder definido como capacidad de decisión y de incidencia en el exterior. Pero si se conoce algo de lo que genera esta distancia, quizá se puedan poner en práctica estrategias individuales y colectivas, que surgiendo de las nuevas socializaciones, puedan dar resultado a corto y a largo plazo. Pero si se niega la importancia del cambio y se ignoran las bases de la distancia que separa a las mujeres para estar ahí, incidiendo con efectividad en el exterior, entonces difícilmente se podrá llegar a la práctica de una teoría de la igualdad.

BIBLIOGRAFIA

- AMOROS, Celia /1989/ "Mujeres, feminismo y poder". Madrid: Forum de Política Feminista".
- 198 "Espacio de los iguales, espacio de las idénticas. Notas sobre poder y principio de individuación". *Arbor*, pp. 113-127.
- ARETXAGA, Begoña 1988 *Los funerales en el nacionalismo radical vasco*. San Sebastian: La Primitiva Casa Baroja.
- ARREGUI, Begoña 1987 "Modernización y mujer en el País Vasco". En T. del Valle et. al. *La mujer y la palabra*. San Sebastián: La Primitiva Casa Baroja, pp. 51-93.
- BUTLER, Judith 1990 *Gender Trouble*. Londres: Routledge.
- BUTLER, Judith and Joan W. Scott (eds.) 1992 *Feminists Theorize the Political*. Londres: Routledge.
- del VALLE, Teresa et. al. 1987 *La mujer y la palabra*. San Sebastian: La Primitiva Casa Baroja.
- del VALLE, Teresa (ed.) 1993 *Gendered Anthropology*. London: Routledge.
- del VALLE, Teresa 1991 "Género y sexualidad. Aproximación antropológica". En T. del Valle y C. Sanz Rueda *Género y sexualidad*. Madrid: Fundación Universidad Empresa, pp. 13-111.
- del VALLE, Teresa y Carmela SANZ RUEDA 1991 *Género y sexualidad*. Madrid: Fundación Universidad Empresa.
- DIEZ MINTEGUI, M. Carmen 1992 *Estudio comparativo de las relaciones de género en la comarca Donostialdea y en la Ribera de Navarra partiendo de la forma diferente de participación de mujeres y hombres en las actividades laborales*. Tesis doctoral presentada en la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.
- DUBY, Georges y Michelle PERROT 1991 *Historia de las mujeres*, Vols. 1, 2,3. Madrid: Taurus.
- ECHEBERRIA, Agustín y Darío PAEZ (eds.) *Emociones y perspectivas psicosociales*. Madrid: Fundamentos, pp. 245-258.
- ESTEBAN GALARZA, María Luz 1993 *Actitudes y percepciones de las mujeres respecto a su salud reproductiva y sexual. Necesidades de salud percibidas por las mujeres y respuesta del sistema sanitario*. Tesis doctoral presentada en la Universitat de Barcelona, Facultat de Geografia i Història.
- ETXEBERRIA, Itziar 1989 "Diferencias sexuales en sentimientos de culpa". En Agustín Echeberria y Darío Páez (eds.) *Emociones y perspectivas psicosociales*. Madrid: Fundamentos, pp. 245-258.
- GONDAR, MARCIAL 1991 *Mulleres de mortos. Cara a unha antropoloxía da muller galega*. Vigo: Xerais
- MARSHALL, MAC 1979 *Weekend Warriors. Alcohol in a Micronesian Culture*. Mountain View, California: Mayfield.
- MOORE, Henrietta 1991 *Antropología y feminismo*. Valencia: Cátedra, Colección Feminismos (original en inglés 1988).
- MUKHOPADHYAY, CAROL C. 1988 "Anthropological Studies of Women's Status Revisited: 1977-1987" *Annual Review of Anthropology* 17:461-95.
- MORGEN, Sandra (ed.) 1989 *Gender and Anthropology. Critical Reviews for Research and Teaching*. Washington D.C.: American Anthropological Association.
- NASH, Mary 1983 *Mujer, familia y trabajo en España, 1875-1936*. Barcelona: Anthropos.
- OAKLEY, Ann, *Sex, Gender & Society*, Aldershot :Gower Publishing Company, 1987 (1a. ed. 1972 y revised ed. 1985).
- OTT, Sandra 1990 "Índarra' some reflections on a Basque concept." En J. Peristany y J. Pitt Rivers. *Honour and Grace* (eds.) Chicago: University of Chicago Press.
- PERISTANY, J. y J. PITT RIVERS 1990 *Honour and Grace* (eds.) Chicago: University of Chicago Press.
- QUINN, Naomi 1977 "Anthropological Studies on Women's Status", *Annual Review of Anthropology* 6:181-225.
- STOLCKE, Verena 1993 "Is sex to gender as race is to ethnicity?". En T. del Valle (ed.) *Gendered Anthropology*. London: Routledge, pp. 17-37.
- UGALDE SOLANO, Mercedes 1993 *Mujeres y nacionalismo vasco. Génesis y desarrollo de Emakume Abertzale Batza. 1906-1936*. Bilbao: Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.

